



Tomo VII

Mexico, Domingo 15 de Agosto de 1897.

Num. 312.

# DEL CAMPO CONTRARIO

## ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

IX

Una mañana cayó en la quieta superficie de la sociedad murmuradora una gota nueva, que abrió un circulito y se fué extendiendo en otros concéntricos que se ampliaban más y más hasta deshacerse en los bordes del mundo elegante. La gota era gruesa y pesada y tenía sabor excitante, era la gran noticia: Doña Concepcion Echeveste, viuda de Marot, se casaba y con un viejo, con el riquísimo X... tonto de capirote y hecho como adrede para abroquelar debilidades. Las donas habían sido encargadas á Paris, por supuesto sin vestido blanco, pero costosísimas, y todo se preparaba con extraordinaria magnificencia. Y rodó, rodó la murmuración y cátafe que todo salió cierto y que una mañanita se casaron el viejo y la viuda con todo boato y que las felicitaciones que en presencia les dirigieron fueron muchas y muy aromatizadas y que las burlas de que en ausencia los hicieron objeto eran ruidosísimas, con bombo y platillos.

X

Como el Sr. X... era tan viejo y su cabeza parecía de hielo y su corazón estaba casi helado, en aquel hogar hacía mucho frío y Concha, acaso para encenderlo, se entregó al frenesí de divertirse. El Sr. X... se hastiaba, se fatigaba, se sentía consumido por tantas fiestas. Conchita no le dejaba punto de reposo ni restañar su bolsillo abierto. Bailes dispendiosos, comilonas y meriendas, idas y venidas, asistencias al teatro y cien otras bullas se sucedían empujándose como las visiones de un ensueño terrible que agota el cerebro. Concha iba á todas partes, hasta á la iglesia á ser madrina del estandarte de cierta o fradía, para brillar, para ser la primera,

para que su nombre fuera mentado en todas partes; si no es al confesonario, y no por falta de culpas sino por sobra, á donde quiera iba, despues de que hubo celebrado las segundas nupcias. El maridillo, más atontado que nunca, mareado por el continuo jaleo ya no podía seguirla pegado á su brazo con su piltrafa de humanidad. Se creería que el propósito de ella era matarlo á fiestas para quedarse otra vez viuda.

XI

La señora de Z... notó por aquel tiempo que su primogénito Heriberto casi no salía de casa de Concha. Con su finísimo olfato de madre y de buena dama (que lo era) comprendió que allí había para su incauto hijo redes más atractivas que la alegría de sociedad. Se ratificó en sus sospechas y una mañana que encontró á la de X... y fué en el paseo, la dijo su merecido y amenazóla si seguía pervirtiendo al jóven. El domingo siguiente las tribunas del hipódromo estaban cuajadas de gente. Entre nubes de polvo se veían las ropillas listadas de los *Jockeys* y se oían sus gritos y el ruido de la carrera y de los palos que les daban á los caballos. Dos mil ojos seguían los lances de la suerte, la incertidumbre embargaba los ánimos y tenía quietas las bocas. En ese momento se presentó Concha acompañada de un amigo, de Heriberto de Z... sonriendo con aire de triunfo. ¡*Tableau!*

XII

Varias veces Concha le había hablado al Sr. de X... de la conveniencia de adoptar una niña pobre por hija.—Ya tú ves, hijito,—decía—que una casa sin niños es una jaula sin pájaros. Si te parece buscaremos un huer-

fanito para servirle de padres. Yo para mi quisiera mejor una niña. ¿Qué dices? ¿Lo hacemos? viejito.—No me gustan los muchachos—contestaba el anciano.—Ni ménos prohibados, pagan mal, son cuervos que uno cría para que le saquen los ojos.

Y era que Concha guardaba un recuerdo fatal. Tenía momentos, eso sí muy breves, en que un venerito escaso de amor maternal manaba en su gastado y árido corazón. Entonces ella sentía aquella humedad en su pecho como un rocío de cariño y de amargura. Entonces sentía en sí aquel recuerdo como una rosa fresca y bien oliente pero erizada de espinas. Padecía remordimientos. Se acordaba de una niña, hija de sus entrañas, regalada á la mujer de un zapatero remendon.

XIII

Una mañana paró á la puerta del asilo de Mendigos un landó tirado por dos caballos negros. Bajó Concha y pidió hablar con el capellan. Recibióla al punto el buen sacerdote con su acostumbrada amabilidad. Ella tomó asiento con ménos soltura que nunca y empezó á hablar con dificultad.

—Sí, existe una asilada de esas señas—contestó el capellan, fijando mucho la mirada en las facciones de la rica.—La policía recogió á esa niña hará un año en las calles. La pobrecita pedía limosna á los transeuntes y dijo no tener parientes, pues su madre y su padre, un infeliz zapatero, habían muerto de tifo.

El Padre ya no miraba al rostro de la señora, sonreía bondadosa é intencionadamente, creyendo haber descubierto lo que le importaba.

—Yo desearía ver á esa niña—agregó la e h eveste poniéndose lívida.

—No hay permiso para ver á los asilados en particular, si no es que prueben los visitantes ser sus próximos parientes.

—Pues yo soy pariente muy próxima de esa chiquita.

—Si ella afirma que es sola en el mundo.

—¡Ay! señor, á V. puede uno decirse todo como en confesion; mire V., es hija mía, sino que V. ya sabe..... Dijo y su color lívido se trocó en encarnado.

—Perdone V., señora—añadió el Padre despues de una larga pausa—le haría V. un mal muy grande á Petra declarándole quién es; despertaría V. en ella aspiraciones y deseos que ignora y que la harían muy infeliz. Aquí haremos de ella una obrerita honrada y feliz.

—No le diré nada de su origen. Déjeme V. verla y acariciarla.

—No, su corazon de V. podría revelarlo todo. Sería un mal, convéznase V., un grave mal. Puede enviar lo que guste para ella, eso sí.

Concha se limpió de sus ojos con el dorso del guante una lágrima perdida y despues de un silencio embarazoso se despidió á medias palabras.

## XIV

En el gran Teatro Nacional se presentaba la clásica ópera de Saint-Saëns, *Sanson y Dálila*. La flor y nata de las familias llenaba lunetas y palcos. ¡Qué lujo! Quien le viera no creería estar en un pueblo tan empobrecido como el nuestro. Parecía aquello un ramillete de flores abierto y desgajado por el medio y lleno del resplandeciente aljófar de la mañana: las sonrosadas beldades y sus trajes de tintes claros eran las flores, sus innumerables joyas las gotas de rocío.

El Sr. X..... conversaba sigilosamente con su amigo el Lic. Robles en el palco de éste. Trataban de un asunto demasiado importante. De tiempo anterior Robles le venía insinuando la necesidad de divorciarse de Concha, pero nada había logrado. En esta ocasion insistía con acopio de poderosos argumentos, y el debilísimo X..... no hallaba cómo zafarse de la gatera en que le echaba su amigo. La obertura comenzó en medio de la general espectacion: un preludio severo matizado de sentimiento con estructura de oratorio se levantó de la orquesta, al cual en breve se unieron religiosos y profundos lamentos del coro de hebreos, que, trás el telon corrido, lloraban su infortunio é imploraban misericordia. Los gemelos de muchos se volvieron á un palco. Concha, vestida de negro y atestada de brillantes, acababa de entrar con su cortejo de amigas y amigos. Robles echó una miradilla hácia ella y le dió una palmadita en el muslo á X....., que se había quedado inmóvil y haciéndose el desentendido.

Levantóse la cortina. Ahí estaban los israelitas, cuyas voces emprendían ahora una fuga hermosísima, enteramente clásica, tejida de perfectas armonías. Aquellas quejas magistrales llenaban el ambiente y parecían perderse desvaneciéndose en las profundidades del cielo. De pronto una voz robusta rasgaba la masa coral, como una respuesta del Dios de los ejércitos: Sanson estaba en la escena. Entraba diciendo un recitado potente y animoso, una arenga de guerra, un conjunto de gritos de atleta y luego entrelazaba un diálogo con el coro, campeando siempre sus notas robustas, que parecían amontonarse como las olas de un charco de lava, que se cuajasen para formar al unguido del Señor, al membrudo coloso de la Biblia. El fuerte Juez enardece con sus palabras los ánimos del coro, que luego empieza á cantar una plegaria sublime en que al par de las notas parece retorcerse suplicante el espíritu de un pueblo, pidiendo á Jehová aliento y vigor para sacudir el yugo del extranjero. Entra el tirano, Abimelech, sátrapa de Gaza, y al interrumpido acento de a oracion suceden los insultos desacordes del oleroso contra aquella manada de esclavos, en instrumentacion riquísima, pero ininteli-

gible borda esta escena. Sigue el raudal desleído de la orquesta y flota sobre él un himno de Sanson de notas desbaratadas é incoherentes como las sugerencias de la ira, himno que repite la muchedumbre arrastrada á la lucha por el atleta, á cuyos golpes muere el opresor. Un coro de viejos hebreos da gracias al Dios de sus padres por ese triunfo en una salmodía escrita en la tonalidad del canto llano, que es un himno de victoria, pero de victoria religiosa, propio de un pueblo teocrático, parece celebrar el vencimiento teológico del espíritu sobre la materia. La orquesta toma luego un camino delicioso y florido hasta dar en un bailable severamente voluptuoso: las sacerdotisas de Dagon aparecen danzando guiadas por Dálila en el campo del combate. Los flisteos ensayan nuevas armas para vencer al libertador. Algo lúgubre hay debajo de aquellos sonos traviesos y atractivos, se presiente la caída del electo. Dálila se adelanta á reducirlo, sonriendo de un modo cruel, con la conviccion de que la hermosura y los hechizos mujertiles son más poderosos que Abimelech.

(Continuará.)

## ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA CUARTA.

ESTHER.

Oh Soberano

Rey, heme aquí trémula y triste.  
Sola ante Tí! Ampáreme tu Mano  
Que mil veces, mi Dios, Tú lo dijiste  
Y así lo oí de niña en mi esperanza:  
Con mis padres juraste eterna alianza.  
Cuando al formarte un pueblo que agradable  
Fuera á tus ojos, son nuestros abuelos  
Elegidos por Tí, Rey de los cielos,  
Y aún prometiste eternidad durable  
De prosperanza, á la Nacion bendita  
Fiel á tu Ley en dones infinita.

Pero violó tu fé, tu fé sagrada  
Y repudia á su Padre y á su Esposo,  
Para dar, á los dioses entregada  
El adúltero honor, honor odioso;  
Y hoy esta Nacion de Tí querida  
Está á dueños extraños sometida.

Mas no contentos en su orgullo altivo  
Con sujetarla al extranjero yugo,  
A sus instintos sanguinarios plugo  
A muerte condenar pueblo cautivo;  
A sus dioses conceden la victoria  
De sus armas, cuando es de Tí la gloria.  
Y hoy quieren insultando nuestro llanto  
Tu Altar y Nombre y tu Nacion electa  
Con un golpe concluir, su rabia abyecta  
No encuentra nada á sus furoros santo.

¡Y un pérfido así, trás los portentos  
De tu Diestra, Señor, y profecías  
Podrá apagar la fé de nuestros días  
Y arrebatár con míseros intentos  
De tus dones, aquel que más amamos:  
El Santo que prometes y esperamos!

Que estos feroces pueblos no permitas  
Que nuestra sangre están ambicionando  
Nuestros labios, Señor, vayan cerrando  
Al celebrar tus glorias infinitas.  
Los únicos, ¡oh Dios! que te alabamos:  
Sus dioses falsos confundidos veamos.

En cuanto á mí, tu sabes que detesto  
Su mesa, sus festines, libaciones,  
Cual de tu santa Ley profanaciones,  
De criminales fiestas vil pretexto.  
Vivo entre ellos, Señor, pues que lo quieres  
Pero extraña á su culto y sus placeres.

Y mi pompa, mi trono y mi diadema  
Pisoteo, en el sigilo, á tu presencia,  
Por conservar del alma la inocencia  
Por acatar tu voluntad suprema,  
A los reales adornos yo prefiero  
Y á fiestas al orgullo dedicadas.

El ayuno y las lágrimas calladas,  
El cilicio á tus ojos placentero,  
Con la esperanza así de tu decreto  
De libertad á la Nacion querida  
Mi voluntad á tu querer sujeta  
Por Tí y mi pueblo al ofrecer la vida.

El momento llegó, la hora ha sonado,  
En que de un rey terrible la presencia  
Vaya á buscar, conduce mi obediencia  
Ante el trono de Asuero el indignado,

Ante ese leon feroce que te ignora:  
Manda que al verme su furor se apague,  
Presta á mi voz encanto que le halague  
Y préstale elocuencia encantadora,  
Los vientos y tormentas formidables  
Te obedecen, Señor, como los cielos:  
Torna del rey su lira y sus recelos  
Contra los enemigos implacables.

(Continuará.)

## ¡MADRE MÍA!

ESCUCHA, madre mía, desde ese cielo que habitas, las confesiones que hacerte quiero como una ofrenda de mi amor y de mis recuerdos en este aniversario de tu muerte, glorioso allende ella, y fúnebre aquende; en este día en el que no es posible dejar un solo instante de pensar en tí.

Veinte años hace, madre mía, que cumplida tu mision sobre la tierra Dios te envió la última enfermedad, la cual sufriste sentada en un sillón, porque en la cama, en posición horizontal, te asfixiabas.

Breve fué aquella enfermedad: de tres días nomás. El cuarto, al toque del alba te acostaste en tu lecho, y unos cuantos minutos despues, volaba tu espíritu por los espacios inconmensurables iluminados por millares de estrellas, en direccion hácia Dios.

Ante tu cuerpo inerte, copioso llanto derramamos tus hijos.

De todos ellos fuí yo—madre, perdóname—el ménos amoroso contigo, el que ménos se afectara con tu muerte.

Lástima de tanto amor en que mi pecho se abrasaba en aquellos días por criaturas de las cuales ninguna estaba llamada á ser la compañera de mi vida; por mujeres de las cuales ninguna me dió á probar siquiera la felicidad fugaz de un pasajero amor correspondido.

Lástima de aquel amor desviado del único objeto á quien de preferencia debió de haber sido consagrado en mi juventud: mi madre, mi progenitora.

Desde aquel luctuoso día, en un período de cerca de veinte años, había visto algunas veces en mis sueños á los seres queridos de mi familia que ya no existen; á mi padre, tal como era: con su rostro severo, con su carácter siempre enérgico, con sus costumbres siempre rígidas.

Les había visto mezclados confusamente con el pasado y con el presente, así en la pequeña ciudad que fué nuestra cuna, y en la cual vivimos tantos años, como en la que mi destino me señaló despues para vivir; ya en los idilios de la niñez; ya en los dramas de la juventud. Mas en ninguna parte, ni en ninguna edad, te veía á tí, madre mía. Me soñaba en nuestro terruño; en aquella atmósfera purísima que vivificaba alma y cuerpo; pero tu no brillabas allí con tu presencia.

¡Y pensar que en el terruño, en la casa y en el huerto hay gentes que se acuerdan todavía de tí; que hablan todavía de tí; que lloran todavía por tí, despues de veinte años!

No reproducían tu imagen esos lugares, y reproducían la de mi padre y la de mis hermanos. ¡Oh vacío!

¡Me castigabas, madre mía, ó más bien, me castigaba el cielo á pesar de mis remordimientos?

Tengo un hijo de mi sexo, pequeño aún. Persona de mi familia, mayor que yo diez años, me asegura que la fisonomía de este niño tiene mucha semejanza con la mía de aquella edad.

Pues bien; esta criaturita, en su apénas cumplido lustro, es tal la pasión que por su madre siente, que no es el hijo, sino el amante de ella; el amante en miniatura.

Repito que es todo un amor que edifica, y no el encariñamiento del niño con quien le mimó, con quien consigue cuanto desea, con quien cede siempre á sus caprichos; porque la mamá acaricia, y también reprende; pre-

mia y tambien castiga; sin ser en esto excepcion su amante en miniatura.

¿Es Dios, ó eres tú, madre mía, quien me castiga en esa semejanza y en ese amor?

—Mamá; le dijo un día á su madre con su apénas inteligible frase, cuando yo sea grande y sepa trabajar nos casaremos tú y yo, y en seguida compro un coche con cien caballos para llevarte á pasear: Mi papá será el cochero.

Y de ese proyectado enlace habló más de un año.

Esto es sólo un ejemplo de las muchas y diversas demostraciones de su amor.

Por fortuna para mí, no en todas ellas como en la que te acabo de referir, la dignidad del padre se ve forzada á pasar por las horcas caudinas.

Espíritu bienaventurado de la mujer que se llamó mi madre: cierra por un momento más tus oídos inmatereales á los conciertos de la Gloria y oye y cree lo que voy á seguirte refiriendo; sueño lacónico, pero cantado; una sola palabra, pero santa, y en ella todo un poema de ternura.

Era el amanecer. Yo me paseaba en uno de los jardines de la ciudad. Los primeros rayos del sol naciente bañaban con su luz de oro las copas de los árboles. Repentinamente, de una casa vecina, trás las vidrieras de un balcon, una garganta de mujer lanzó á los vientos, cual ave errante, tristísimo reclamo, un ¡madre!!! con acento arrebatador, cuyas ondas de armonía vinieron á perderse en mi corazon.

En aquellas dos notas pusieron, la mente un recuerdo; un suspiro el corazon; los labios un beso; y un ay el alma. Aquellas notas pues, no podían ménos que haber sido exhaladas por el pecho de una jóven huérfana ó ausente de su madre; por un pecho enfermo, de algo así como la nostalgia.

Quedaron mis ojos fijos largo rato en aquel balcon esperando ver al través de sus cristales un rostro de mujer. Vana esperanza! Las persianas y las cortinas fueron sombras de misterios para mi curiosidad y mi deseo.

Aquella voz ¡madre! ¿fué el principio de una aria, ó de una cancion que se interrumpió? ¿Fué un grito del alma arrancado por un recuerdo? ¿Fué la vision de un éxtasis, revelada y cantada por el labio?

Desperté. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Pensaba en tí, madre mía. ¡Eran las cinco y media de la mañana!

Ah! no he olvidado, ni podré olvidar jamás aquel sublime canto de un pensamiento, de una palabra, que entre sueños oí.

Cuántas veces lo he repetido despues con mi voz varonil y desentonada; pero con la misma vehemencia de expresion, y con el mismo acento de melancolía con que salió de aquella garganta de ruiseñor!

Sigue escuchándome, madre mía, y tambien creyéndome.

Entre ocho y nueve de la noche del día que sucedió á mi sueño, cantaron los gallos, y entónces la cocinera dijo á la señora de la casa: Es señal de que va á cambiar el tiempo cuando cantan los gallos á esta hora.

Sí, madre mía, cambio de tiempo indicaba el misterioso sueño de la madrugada.

Pocos días despues apareciste ya en mis sueños, ántes tan vacíos sin tí; apareciste en ellos cual sol radiante trás largos muchos días nublados y de lluvia. . . . Soñaba á mis hijos, y allí estabas tú en medio de ellos con tu risueño semblante, abuelita de cabeza negra. Soñar en nuestro horizonte, en nuestros campos, en nuestro valle, era ya soñar en tí, soñar contigo. Soñaba en la casa matriz de indelebles recuerdos, y allí estabas tú rodeada de tus hijos como una diosa de aquel hogar.

Y he seguido viéndote en el mundo ficticio de los sueños. Y siempre al despertar, con tristeza y enojo, ¿cómo es posible, exclamo, que ni la edad proecta esté exenta de engaños é ilusiones?

Y acabo por bendecir los engaños y las ilusiones de mis sueños.

Y recuerdo las palabras de la cocinera la vez que los gallos cantaron entre ocho y nueve de la noche.

Espíritu glorioso de la santa mujer que fué mi madre: cierra por un momento más tus inmatereales oídos á los eternos cánticos del cielo y oye y cree lo que tu hijo que nunca ha mentido te va á contar como fin de sus confesiones.

El sueño misterioso que te acabo de referir coincidió con el aniversario de tu muerte. Cuando ficticiamente pero con ilusion perfecta de realidad vibró en mis oídos la dulce palabra ¡madre! hacía diez y nueve años precisamente que en tal día y á tal hora tus hijos congregados al rededor de tu lecho de agonía, ¡madre! exclamamos con los labios, y con el corazon, ¡adios!

¿Fué que el cerebro, libre en parte de su letargo, empezaba á recibir las primeras impresiones de la vida exterior, y de las funciones imperfectas de la imaginacion y de la memoria se formó aquel sueño, ó fué que el ángel que vela á mi cabecera, confidente tuyo quizás, me inspiró aquel sueño como un *re-member* de tu amor?

Sí; porque él fué para mí como un arcoiris tendido por tu amor entre el cielo y la tierra en señal de perdon por tanto olvido.

Los gallos cantaron en aquella noche.

Hoy nubecillas en figura de filamentos de algodón cardado aparecen en el firmamento. Son los *cirrus* que anuncian el cambio de tiempo.

Las tristezas se van.

Madre mía: hay ilusiones que parecen realidades, y hay realidades que parecen ilusiones.

Es que el alma tiene intuiciones y clarividencias.

No cabe duda que entre tu alma y la mía ha habido inteligencias.

MATIAS VINZQUER DODET.

## VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XXXIX

EL ALMA HUMANA.

(Ideas tomadas del capítulo XVIII, de la Filosofía Fundamental de Balmes.)

Mentira, no es materia, vil escoria  
Ni sólo podredumbre el sér humano;  
Hay en él un aliento soberano  
Que lo alza del cieno hasta la gloria.

Observad su interior donde se agitan  
Aspiraciones mil que lo enaltecen;  
Como flores galanas allí crecen,  
Y á otros mundos sin cesar lo invitan?

Es pequeño el recinto de este suelo  
Para poder vivir á sus anchuras;  
Y ansía por romper sus ligaduras  
Y tender, libre ya, su rauda vuelo.

Enclavado en el ópimo conjunto  
De los séres salidos de la nada,  
A todos escudriña su mirada,  
Aunque entre todos es nomás un punto.

En su anhelo sin tregua busca ansioso  
El órden inefable que preside  
La creacion, la ley que mide  
De los mundos el lazo misterioso.

Sus goces más preciados y más puros  
Los halla cuando sale de su esfera;  
Para alcanzar la calma verdadera  
Son el cuerpo y la tierra, fuerte muro.

Miradle allá sobre la anhiesta roca  
Donde se estrella el mar enfurecido;  
Ya escuche del oleaje el rebramido,  
O contemple su hervor, muda la boca.

Vedle de pie en la cima de los montes,  
O á la sombra en las selvas seculares;

Ya sentado entre verdes platanares,  
O mirando lejanos horizontes.

Observando en las noches silenciosas  
Admirando los astros refulgentes  
Que en los cielos rutilan esplendentes,  
Envueltos en sus caudas majestuosas.

Miradle, su terrena vestidura  
Se rasga, y el espíritu sus alas  
Agita presuroso entre las galas  
De incomparable dicha y hermosura.

Abre el alma su seno al dulce encanto  
Del infinito piélago insondable,  
Como se abre la flor al beso amable  
De la aurora al tender su rojo manto.

Y absorta, y sin el yugo que la oprime,  
Hasta el solio sagrado se adelanta;  
Y asiendo el arpa, enardecida canta  
Lo inmenso, lo grandioso, lo sublime.

Esa expansion del pecho que presiente  
Un más allá risueño y sin abrojos,  
Hace brotar el llanto de los ojos,  
Llanto de amor, de gratitud ingente.

Así el Señor avisa á los mortales  
Que no es aquí la perdurable vida,  
Y siguen á esta etapa dolorida  
Del placer los eternos manantiales.

Mentira, no es tan sólo podredumbre  
El humano: hay en él algo divino  
Que le alfombra de flores su camino,  
Y radia con fulgor de intensa lumbre.

Dejad que el alma exhale su perfume,  
Guardaos de helar su aliento sin segundo;  
Ya lo veis, le parece estrecho el mundo,  
Y en su cárcel endeble se consume.

XL

Para una niña en el día onomástico de su papá.

Padre, dicen que el mundo  
Es cuna de dolores,  
Y que aún las bellas flores  
De tallo cimbrador,  
Ocultan en sus hojas  
Mortífero veneno,  
Que está su cáliz lleno  
De néctar destructor,

Más sé tambien que hay gozos  
De sin igual dulzura  
Que matan la amargura  
Del tétrico pesar.  
¿Es cierto que se hallan  
De la familia en brazos?  
¿Son los queridos lazos  
Que alegran el hogar?

No sé, pero yo siento  
Que aquí dentro del alma  
Se esparce dulce calma  
Con tu paterna voz;  
Y sé que estás sonriente  
Cuando tu fiel esposa  
Te mira cariñosa,  
Y vamos de ella en pos

Por esto, lisonjera  
Te mando en este día  
Del alma la ambrosía,  
Mi cántico filial,  
Recíbelo, que tiene  
La esencia de las flores  
Que no exhalan olores  
De tósigo mortal.

XLI

Al Sr. Lic. Carlos Pescador.

Carlos, las gayas flores  
Encierran en sus hojas  
El néctar delicioso  
De celestial aroma;

Y el alma en su recinto  
Tambien guarda amorosa  
De la amistad sincera  
La inapreciable joya.  
Aquellas son la gala  
De la caliente zona,  
Y mandan sus perfumes  
A el aura arrulladora.

¿Podrán de mi cariño  
Las entreabiertas violas,  
Dejarte los recuerdos  
De placenteras horas?

Recibe en este día  
En que tu pecho goza,  
Con mi amistad callada,  
De mi cantar las notas.

Brindemos como hermanos  
De nuestro amigo en honra,  
Y henchidos de contento  
Vaciamos nuestras copas.

(Continuará.)

## AMELIA.

I

AMELIA, la enamorada esposa, estaba en los brazos de Leonardo, el fiel compañero de su vida, quien, ciego desde su niñez, sólo podía verla con los ojos del alma.

—¡Adorarte y no contemplarte jamás! exclamaba Leonardo. Si yo te hubiese conocido en aquellos primeros años de mi vida, cuando aún podía contemplar el azul de los cielos y el resplandor de las miradas, los rojizos matices de las rosas y de los labios, tendría fijos en mi memoria los rasgos todos de tu belleza, y tu imagen se destacaría eternamente sobre la negra noche que rodea á mis pupilas. Pero cuando mi corazón se abrió al amor ya estaban cerrados mis ojos á la luz, y nunca, nunca podré admirar los tesoros de la hermosura que poseo y desconozco. ¡Amelia mía, fuente de todas mis venturas y del dolor que me agobia y me mata: refiéreme tú, con ese celestial acento que para siempre supo hacerme esclavo tuyo, las perfecciones de tu idolatrado sér. Describemelas una por una, detallada y minuciosamente, y acaso el encanto de tu voz realice el milagro de que yo pueda llegar á imaginarte tal cual eres.

—No me atrevo á intentarlo, contestaba ella con encantadora modestia.

—¡No te atreves! Dí que no me amas como yo te amo y que no quieres complacerme.

— Interrógame y trataré de contestarte.

Y á cada pregunta de Leonardo sobre el color de los cabellos de Amelia, sobre la claridad y pureza de sus ojos, sobre los contornos de su cuerpo, contestaba ella con frases en que se mezclaban por partes iguales la sinceridad y el pudor, y que colmaban al pobre ciego de nuevo orgullo y de nueva desesperada amargura.

La idea de la hermosura de Amelia crecía, se agigantaba en su espíritu; su confusión y su impotencia, al tratar de precisarla con líneas y colores, era cada instante mayor.

II

El amor de los dos esposos no era de los que se extinguen, ni de los que se disminuyen, ni siquiera de los que con el tiempo se modifican! Era siempre el mismo.

En ella producía una felicidad

sin límites el constante entusiasmo, la misma amargura de no poder realizar su absurdo deseo.

Llegó en esto á la ciudad donde habitaban Leonardo y Amelia un médico famoso ya en todos los países del mundo, por sus extraordinarias curaciones.

Devolver la vista á los ciegos, el oído á los sordos y la palabra á los mudos, era la cosa más sencilla para aquel sabio incomparable.

Se aseguraba que nunca dejaba de curar radicalmente á cuantas personas acudían á su consulta y Leonardo sintióse penetrado de la fé que animaba á todos, abrió el pecho á la esperanza y resolvió ponerse en manos del doctor.

—Curadme, le dijo, devolvedme la vista y tomad en cambio entera mi fortuna. Haced que contemple al fin la más bella de las mujeres nacidas, á quien adoro mil veces más que á mi propia existencia. Y Leonardo siguió hablando y dando cuenta al famoso doctor de sus desos y de sus angustias, y dejándole ver entero, con el instintivo afán de conmoverle y decidírle más y más á procurar su curación, el profundo y agitado fondo de su alma.

El doctor escuchó á Leonardo con interés y con pena, y le respondió sonriendo amargamente:

—¡Dios me libre de abrir tus ojos á la luz y Dios te libre de conseguir jamás tus deseos! ¡Amas como á nadie has amado en el mundo y anhelas ver el objeto de tu amor!... ¡Eres un niño! El cielo te ha concedido el supremo bien de alcanzar la posesión sin agotar sus alegrías, y pretendes sustituir á tu ilusión hermosísima la verdad siempre árida y fría. ¡No comprendes, desventurado, que á causa de ese mismo misterio en que para tí está envuelta tu amada, la imaginas mil veces más bella de lo que realmente puede ser, aunque sea, como tú crees, la mujer más perfecta del universo? El momento de verla sería siempre para tí una espantosa decepción, porque el sueño, aun el más susceptible de ser realizado, no está libre nunca de desencanto sino á condición de no realizarse jamás. Conformate con tu ceguera y acostúmbrate á considerarla como el origen de tu felicidad, el eterno entusiasmo en el amor, y compadece al resto de los mortales condenados á ver la imperfecta belleza de los séres y de las cosas sin que las lágrimas que tan á menudo nos hacen derramar nublen por completo nunca la claridad de nuestras miradas.

CATULO MENDES.

### LA INCLUSA.

El león con ser león  
tiene condición de padre;  
el chacal con ser chacal  
no vive sin sus chacales;

el tigre cria á sus hijos,  
la pantera es buena madre,  
y los hombres... ¡con ser hombres!  
han hecho una "casa grande,"  
donde almacenan los niños  
que se arrojan á la calle.

## EL SECRETO.

I

CREO sinceramente, dijo Mr. Halmont, que estamos en el caso de dar alguna importancia á las visitas de Mr. de Luzane y que Hortensia....

—Berta, querrás decir, interrumpió Mme. Halmont.

—No, me refiero á Hortensia.

—Pues se trata de Berta.

—Sin embargo....

—¿Qué?

—¡Nada! exclamó Mr. Halmont; dudando ya de su propio parecer.

El buen señor quiso conocer la verdad y resolvió averiguarlo á toda costa. Mientras pensaba en el medio que para ello podía utilizar se presentó de pronto Mr. de Luzane.

Las dos hermanas estaban ausentes y el padre esperó su regreso. Apenas hubieron llegado, corrió Mr. Halmont á su encuentro, y llamando á Hortensia, le dijo:

—Tenemos una visita, adivina quién es.

La jóven se puso encarnada como la grana, y contestó:

—Mr. de Luzane.

Mr. Halmont entró en la sala, donde ya se hallaban su esposa y Berta, y dijo en voz baja á su mujer:

—No me había equivocado. Se trata de Hortensia.

Pero Mme. Halmont no hizo caso de la observación de su marido, y exclamó:

—Mírales.

Luzane estaba al lado de Berta, y sólo al verles se comprendía que existía entre ellos un amor naciente y ya profundo.

Mr. Halmont se retiró contrariado y sin proferir una palabra.

II

La situación era para él clara y terminante. Luzane amaba á Berta, y si Berta correspondía al amor de aquel hombre, Hortensia, por su parte, le amaba también con toda la ternura de su frágil y delicada naturaleza.

El pobre padre temía por la suerte de la menor de sus hijas, creyendo con razón que Berta, en todo caso podría soportar mejor que su hermana los rigores de un desengaño.

Hortensia se mostraba más triste y silenciosa que nunca, y su salud se quebrantaba de un modo visible á medida que avanzaba el tiempo. Indudablemente Luzane amaba á Berta.

Ante los secretos sufrimientos de Hortensia, adivinaba Mr. Halmont la dicha de Berta, que no se atrevía á

destruir en provecho de su otra hija, cuya muerte, al parecer, era inevitable, según el dictámen de los médicos.

No le quedaba al infeliz padre más remedio que callar, esperar y resignarse.

## III

Cuando Luzane hizo su petición en toda regla, Halmont no se sintió con fuerzas para dar desde luego una respuesta favorable.

La salud de Hortensia empeoraba de día en día, con gran alarma de sus padres.

Mr. Halmont no podía retrasar por más tiempo su contestación al pretendiente de Berta; sin embargo, tuvo la debilidad de consultar antes el caso con Hortensia, á la que dijo:

—Mr. de Luzane ha pedido la mano de Berta.

—Lo sé, contestó la enferma.

—Aún podría negársela, repuso el padre.

—¿Por qué razón?

—Vamos, Hortensia, tú tienes un secreto que quiero que me confíes á toda costa.

—No tengo ninguno, padre mío.

Halmont guardó silencio, no sabiendo qué decir y temeroso del daño que hubiera podido causar en aquel momento.

Al cabo de un instante, exclamó Hortensia con aire de resignación:

—¡Vaya usted ahora mismo á anunciarles su ventura!

Mr. Halmont dió su consentimiento.

La alegría de Berta no se alteró en lo más mínimo durante los preparativos de boda.

La melancolía que se dibujaba en el rostro de sus padres y de su hermana atribuía á la idea de la próxima separación y hasta cuando se celebró la ceremonia y Hortensia al salir de la iglesia tuvo que acostarse víctima de una fiebre violenta, no creyó que se tratara de un caso de muerte.

## IV

Como si Hortensia no hubiera esperado más que la partida de los recién casados para poner término al heroico esfuerzo que había realizado, su enfermedad se fué agravando rápidamente.

Aquella tarde se sonrió suavemente, y con voz desfallecida dijo á sus angustiados padres:

—Cuando deje de existir no turben ustedes su felicidad, comunicándoles la noticia de mi muerte.

—¡Tu muerte!

—Sí. Que la sepan á su regreso.

—No, hija mía; por fortuna no habrá necesidad de eso. Pronto mejorará tu salud—dijo la madre.

—¿Ha escrito á tu hermana?—preguntó la enferma.

—Sí.

—¿Y es dichosa?

—Sí.

—Yo también lo soy—repuso la moribunda.

Después guardó silencio, que sólo fué interrumpido por el llanto de Mr. Halmont y de su esposa.

Había comenzado la agonía de Hortensia.

JUAN REIBRACH.

## LEYENDAS

Y

## Tradiciones queretanas

POR ALTER.

EL SEÑOR DE LA PORTADA.

LIX

Un siglo va poco menos  
Que aconteció este suceso,  
Dando origen á una fiesta  
Que celebra este convento  
De Agustinos religiosos  
Siendo del arte un portento.

Es la sin par maravilla  
Descollando entre los templos,  
Que hermocean nuestra ciudad  
Honra y gloria de arquitectos;  
Orgullo de esta provincia  
Y admiración de extranjeros.

En lazos indisolubles  
De amistad la más estrecha,  
Vivían con los misioneros  
Los padres deste convento;  
Razon por la cual hacíanse,  
Sus visitas de etiqueta.

En el Colegio apostólico  
Y en una visita de estas,  
Se encontraba el Provincial  
Hablando de sobremesa  
Con aquellos religiosos  
De Dios y de su grandeza.

Cuando el grave religioso  
Provincial de aquel convento,  
Refirió que cierta duda  
Tenía desde mucho tiempo,  
La cual quería esclarecer,  
Relativa á este convento.

Mencionar ántes yo debo  
Que la fachada del templo,  
Es obra acabada de arte  
En la ciudad sin ejemplo;  
Y entre las muchas estatuas  
Que colocó el arquitecto,  
Llamado de la portada  
Se ve un Cristo muy perfecto.

Mas volviendo al religioso  
De la duda, dicho llevo,  
Que al reverendo agustino  
Detalló precisa luego,  
Refiriendo que á deshora  
Poco después de la queda,  
Una antorcha luminosa  
Observaba de su celda,  
Que por estar en altura  
Veíala clara y perfecta  
Centelleando noche á noche  
Junto á la imagen aquella.

El Provincial agustino  
Quedóse de estupor lleno,  
Y de asombro henchido vióse  
Tal maravilla en oyendo,  
De labios de aquel crucífero  
Que no dudó darles crédito;  
Pues jamás ninguna luz  
Había dispuesto ponerle,  
Al santo Cristo aludido  
Ornamento simplemente.

Y ansioso sobresaltado  
Volvióse luego al convento,  
A sus colegas y hermanos

El suceso refiriendo,  
Proponiéndose aclararlo  
Otro día en amaneciendo.

La del alba aún no llegaba  
Y en las afueras del templo,  
Se veían todos los padres  
Sabedores del suceso,  
Observando minuciosos  
La fachada de cantera  
Sin encontrar ni remota  
Alguna señal siquiera,  
Que algún tiempo allí cercano  
Algún farol sostuviera,  
Que alumbrara al santo Cristo  
Ornato de aquella iglesia.

Mas no cesó aquí la historia,  
Pues el Provincial celoso,  
Vuelve á la noche siguiente  
Hacia el Colegio Apostólico,  
Y situándose en la celda  
Del misionero dudoso,  
Admira la maravilla  
De aquel hecho prodigioso;  
E inspirado por aquello  
Proveyendo al día siguiente,  
Puso al lado de la imagen  
Un farol de luz ardiente,  
Que desde entonces ahora  
Se observa constantemente;  
Y no agotando su celo  
Esta pequenez, ferviente  
Celebra función muy régia  
Tal como hoy de solemne.

De esta manera esta imagen  
Dió á conocer á este pueblo,  
su voluntad á que luego  
Así culto pronto se le diese,  
Consolando y protegiendo  
A quien á él acudiese.

Lo que al principio creyóse  
Capricho del arquitecto,  
De renombre convirtióse  
En imagen del convento  
Venerada de agustinos  
A causa de este portento.

Tal es ¡oh lector amigo!  
Del Cristo aquesta leyenda,  
De la portada llamado  
Por estar sobre la puerta;  
Socorro pronto y amparo  
De quien á él se encomienda.

## En alta mar.

EL trasatlántico resopló y se detuvo.

Cesó el rumor de las conversaciones de los viajeros, los rechina- mientos de las máquinas, el vocerío de la maniobra.

El cielo estaba raso; los olas se movían sin cambiar de sitio, al parecer, como montañas de plata y de esmeralda que tiemblan. Caía la tarde.

El infinito del cielo y el infinito del mar se perdían en dos líneas de luz y nácar.

¡Ahora, parado el buque, comprendíamos mejor nuestra insignificancia, nuestra pequenez, nuestro aislamiento; la incertidumbre del humano destino!

La tripulación formó sobre cubierta... Los pasajeros con el sombrero en la mano, y las pasajeras, con la cabeza envuelta en blondas, tules y pañuelos oscuros, se agruparon también.

Apareció por una escotilla el capellan: era grueso y sonrosado, el pelo blanquísimo, de aspecto bondadoso. Sus dedos regordetillos movían nerviosamente las hojas de su breviario.

Salieron detrás dos hombres, dos marineros que subían un saco de lona. Eran muy recios; uno de ellos colossal. Encontraban ligera la carga y la traían con ademanes de cariñoso cuidado y de respeto.

Este saco afectaba una forma estrecha, larga, elegante, de líneas humanas. A no dudar, contenía un cadáver; y un cadáver de mujer.

Salió despues el capitán del buque, seguido de sus subalternos. Todos con la cabeza descubierta y todos tristes. No con la tristeza que imponía el ceremonial, sino con la de un dolor sincero.

Dando el brazo al capitán y arrastrado por éste, como un autómeta, como un sonámbulo, venía un hombre jóven, de gallarda figura, moreno, robusto: verdadero tipo del trabajo triunfante. Sin duda que era uno de esos grandes obreros del siglo, que transforman las soledades en poblados, que traen ríos de léjos; que unen mares y que tallan en facetas este diamante que se llama Mundo.

Al verle se estremecieron todos.

—¡Pobrecillo!

—¡Desgraciado!

—¿Puede haber desdicha mayor?

—Dicen que no ha pronunciado una sola palabra desde que murió ella.

—¡Yo he visto que rodaba por su mejilla una lágrima así!

¿De qué sirve ser jóven, trabajar, amasar millones, ser amado, ser dichoso... si en una hora, en un punto, perdemos lo que amamos, y al perder esto lo perdemos todo?

—¿Y ella? ¿Era posible ser más linda, ni más amable, ni menos vanagloriosa de su cara y de sus riquezas?

—Quien hablara con ella una sola vez, quedaba enamorado perdido: ¡qué ángel, qué trato!

—¡Y cómo se querían!

—¡Y qué pareja formaban!

—Yo les comparaba (y quien decía esto alargaba la mano mostrando una sortija) á este aro de hierro donde se engarza esta perla. ¡El, la fuerza; ella, la hermosura; él, el trabajo; ella, el beso; qué recompensa!

—Y, ahora, ¡nada!

—¡Todo ha concluído para ella!

—¡Y para él!

Los dos marineros cogieron un lingote, que pesaría un quintal, y le ataron en el extremo del saco que correspondía á los pies del cadáver.

Despues dejaron el saco en el suelo; le apartaron y le dieron guardia.

El cura rezó una oración, entrecortada por los suspiros de las mujeres.

Los dos marineros alzaron el saco y le condujeron hasta el portalón del buque; allí le pusieron como de pie, le empujaron y le dejaron caer en el mar.

El saco, al caer, por una ley física se volvió de cara al barco y pareció mirarle un instante.

—¡Se despide!—dijeron los tripulantes, como suelen decir siempre en este caso.

El sacerdote alzó los ojos y sus manos al cielo y dijo:

—¡Era un ángel y ha vuelto á Dios!

Las dos filas de marineros y de viajeros se movían ya para desunirse, cuando sonó la voz del capitán que decía:

—¡Sujétalo, Brazo de Hierro!

El viudo se había desasido del brazo del capitán y de un salto se había puesto en el portalón, donde aun estaba uno de los hombres que había empujado el saco.

*Brazo de Hierro*, ya lo hemos dicho, era un hombron terrible. Alargó la mano y detuvo casi en el aire al viudo.

Pero sólo un momento... El deseo de morir tiene, sin duda, la fuerza de la pólvora que se inflama, y, con sorpresa de todos, con asombro del capitán, trás de una breve lucha, la mano de *Brazo de Hierro* cedió y el suicida desapareció en las olas.

Dos botes cayeron al agua.... Pero fué inútil.

Vino la noche, y en el mar y encima y debajo de él, solo hudo soledad y sombra.

Y un buque que se alejaba como un monstruo que serpea entre tinieblas con miradas rojas y silbidos estridentes.

Al hacer una ronda el capitán vió á *Brazo de Hierro* inclinado en la banda, dejando perderse su mirada en la negrura del mar.

Le puso la mano en el hombro y le dijo:

—¡No pienses en eso! Le pudiste salvar y no has querido. Su desesperación, sus súplicas te conmovieron. ¡Quién sabe si yo hubiera hecho lo mismo!

—Mi capitán,—contestó *Brazo de Hierro* alzando los ojos al firmamento, como buscando á alguien trás las nubes de polvo brillante que formaban las estrellas.—¡Dios nos juzga por las intenciones!

FERNANFLOE.

#### CANTARES.

¡Cuántas espinas me hieren  
de las flores que he criado!  
¡Sementera de favores  
me da cosecha de ingratos!  
Quiero morir á tu lado,  
pues será triste la muerte  
sin unos ojos que lloren  
ni unos labios que me recen.  
Guarda ya tus luces, sol,

y muérete de verguenza.

¡Ya despierta mi serrana  
y se alumbrará la tierra!

Corazoncito de elástico  
debes llevar en el pecho.

¡Para engañar es muy grande!

¡Para querer es pequeño!

Yo diré en mi testamento  
quién ha sido mi agresor;  
que tus ojillos me hieren  
y tu desden me mató.

Narciso Díaz de Escobar.

## LA VIDAL.

CUANDO el hijo mayor de la Vidal hubo cumplido doce años, dijo el padre:

—Ya es tiempo de que venga conmigo á la pesca.

—¡Es muy niño todavía! exclamó la madre.

—¿Pues qué quieres hacer de nuestro hijo?

El muchacho formó parte de la tripulación de la barca de Vidal, compuesta del padre y de los cuatro compañeros que navegaban con él á partes iguales.

La *Juanita* llegaba hasta las costas de Inglaterra, á donde acudían los vapores á comprar la pesca, y siempre que la Vidal veía de nuevo á su hijo cada semana, decía al padre:

—El día ménos pensado me quedo con el chico, para que no vuelva á navegar.

Al acercarse el equinoccio, las angustias de la madre se acrecentaron de tal modo, que la pobre mujer suplicó á su marido que dejase al muchacho en tierra. Pero el padre no hizo caso de los fervientes ruegos de su esposa.

La expedición partió en medio de una tempestad.

—Dentro de seis días estaremos de regreso, había dicho Vidal, y el miércoles por la mañana puedes ir á la playa á esperarnos.

Desde el lunes estuvo la madre á la mira; el martes no se acostó, y el miércoles se hallaba al amanecer en la playa.

El mar estaba alborotado y no se veía en él ni una sola vela.

La Vidal se puso una mano encima de los ojos, formando una especie de pantalla, y escudriñó el horizonte. El ruido del mar le aturdía los oídos, zumbando en ellos como las mismas lamentaciones de su angustia.

La madre no cesaba de mirar á lo léjos con los ojos del alma, siempre de mayor alcance que los del cuerpo. Su pensamiento traspasaba los límites del horizonte.

Por fin, allá donde se besan el cielo y el mar, la Vidal notó algo desprovisto de forma y de color. Sin embargo conoció en seguida que se trataba de una barca.

—¡No son ellos! murmuró entre dientes la infortunada mujer.

Casi al mismo tiempo viéronse en el horizonte otras barcas, cuyo volumen se iba agrandando rápidamente. Divisáronse primero las velas y despues los cascós surgiendo de la bruma.

En aquel momento, la Vidal las designaba todas por sus nombres.

—Esa es la «Estrella de los mares,» decía, esa otra la «Sirena,» esa otra la «Esperanza.» Pero ¿dónde está mi gente? No la veo por parte alguna. ¿Por qué tardará tanto?

De pronto lanzó un prolongado suspiro. Un nuevo punto acababa de presentarse en el horizonte. Indudablemente era la «Juanita.» Su marido y su hijo tripulaban aquella barca. Y como una angustia sólo desaparece en el corazón de las mujeres para ser sustituida por otra angustia, tranquilizada la Vidal acerca de la pérdida de la barca, pensó inmediatamente:

—¿Habrá sido abundante la pesca?

Para saberlo no necesitaba que su marido estuviese al alcance de la voz, pues lo adivinaba desde lejos, apenas la barca estaba á la vista. ¿De qué modo? La Vidal no habría podido explicarlo. Esas construcciones de madera y lona reflejan en sus maniobras el estado de alma de los que la tripulan. Hay una manera de arriar velas que da la buena ó la mala noticia y demuestra si se tiene ó nó prisa en llegar.

La «Juanita» navegaba con gran lentitud, á pesar de la brisa. La Vidal sabía lo suficiente para comprender que una vela más habría bastado para que la barca hubiese podido entrar en el canal.

En lugar de esto, la «Juanita,» avanzaba casi sin velamen, y cualquiera habría dicho que llevaba la muerte en sus redes.

La Vidal lanzó un grito terrible, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Falta uno de los tripulantes! No le era posible contar desde la playa, pero algo misterioso le hacía sentir un desastre.

Para que la «Juanita» navegase con tanta lentitud, era preciso que la tempestad hubiese barrido de la cubierta á uno de los marineros. ¿A cuál de ellos? Eran cinco á bordo, sin contar el grumete.

Llena de angustia, se puso la infeliz mujer á rezar, y de vez en cuando llamaba al padre y al hijo, como si hubiesen podido contestarle.

A los pocos instantes dirigióse al desembarcadero, á cuyo punto debía llegar al mismo tiempo que la «Juanita.»

La Vidal era mujer muy ágil, á pesar de sus cuarenta años; pero en aquel momento andaba con gran dificultad, como si sus piernas estuviesen debilitadas por alguna dolencia.

La «Juanita» se situaba ante el

muelle cuando llegó la madre del grumete. Allí esperaban otras mujeres de pescadores con niños en brazos y en torno de ellas.

La gente abrió paso á la Vidal, la cual vió en seguida á su marido y comprendió desde luego que el otro no estaba en la barca. Sin embargo tuvo valor para avanzar hasta el borde del muelle, desde donde gritó:

—¡Vidal!

El marinero vió á la que lo llamaba, se dirigió pausadamente hacia ella y exclamó:

—¡Pobre mujer mía! ¡Tu hijo no vuelve con nosotros!

En aquel momento creyó la Vidal que el muelle desaparecía bajo sus pies, y que la gente bailaba alrededor de ella.

—¿Dónde está?

—¡Se le ha tragado el mar!

La Vidal cerró los ojos, los abrió á los pocos instantes y miró ardorosamente á su esposo.

Y despues, como si estuviesen solos la desdichada mujer dijo en voz baja:

—¡Pobre marido mío! ¡Yo en tu puesto me hubiera sepultado en el mar, abrazado á nuestro hijo!

HUGO LE ROUX.

## LAS DOS AZUCENAS.

FABULA.

Crecían muy hermosas  
 Dos azucenas,  
 La una arrimada al tronco  
 De una morera,  
 La otra en el prado,  
 Luciendo al aire libre  
 Todo su garbo.  
 La del prado á su amiga  
 Del tronco dijo,  
 Con acento de orgullo  
 Y aire maligno:  
 —Te compadezco.  
 Pobrecita, que á obscuras  
 Pierdes tu tiempo.  
 ¿Por qué tu mal destino  
 Te ha condenado  
 A vivir á la triste  
 Sombra de un árbol,  
 Donde no hay nadie  
 Que tu belleza admire,  
 Nadie que te ame?  
 Yo si que venturosa  
 Paso mi vida,  
 Y en este campo gozo  
 De mil delicias:  
 Aquí soy libre,  
 Y mi delgado tallo  
 Muevo flexible.  
 Su luz el sol me brinda  
 Y el alba perlas,  
 Las apacibles auras  
 Conmigo juegan,  
 Las mariposas  
 Más bellas á porfía,  
 Besan mis hojas.  
 Así es como la vida  
 Gozar se debe,  
 No bajo ningún tronco  
 Ni obscura siempre;  
 Pena me causas,  
 Pobre amiga, que vives  
 Arrinconada.  
 —Tú si me causas pena,  
 La otra le dijo,  
 Débil flor que no tienes

Ningun arrimo;  
 Tú que no sabes  
 Cuánto este viejo tronco  
 Siempre me vale.  
 ¡Ay de tí cuando vengan  
 Los fuertes vientos;  
 Cuando las tempestades  
 Bajen del cielo!  
 ¿Qué será entónces  
 De ilusiones tan gratas,  
 De tantos goces?—  
 Ambas las azucenas  
 Así se hablaban  
 En las serenas horas  
 De la mañana;  
 Mas por la tarde  
 Impetuosos los vientos  
 Sus alas baten.  
 Al abrigo del tronco  
 Salvóse la una;  
 De los vientos rindióse  
 La otra á la furia,  
 Y hecha pedazos  
 Entre el polvo rodaba  
 De áridos campos.  
 La libertad, oh niñas,  
 Os es funesta:  
 Bajo el materno amparo  
 Vivid contentas.  
 ¡Ay de vosotras,  
 Si al soplar las pasiones  
 Os halláis solas!

JUAN LEON MERA.

## UN MONSTRUO.

VAMOS, te decides á que pongamos en planta mi pensamiento? —No sé qué te diga..... Puede costar cara la broma.

—Al contrario; nos valdrá dinero..... Sacamos en un santiamen treinta ó cuarenta duros, que nos vienen de perillas, para pasar estos días de antruido alegramente.

—Mira que, despues de habernos pasado el invierno estudiando sin levantar cabeza, sería una triste gracia perder el curso.

—No temas, nadie sabrá nada; lo tengo bien pensado... Exhibimos el monstruo mañana mismo, cogemos los cuartos y por la noche hacemos una gorda para celebrar el *domingo gordo*.

—¿Y cómo anunciamos al público la exhibicion?

—Por medio de carteles pegados en las esquinas; como se anuncian todas esas cosas.

—¿Y quién nos los hace?

—Una imprenta.

—¿Y quién los encarga?... ¿Quién los recoge?... ¿Quién los fija?... ¿Quién se pone luego á la puerta á cobrar?... En fin, ¿quién da la cara para todo lo que sea necesario?...

—Mi patron, el señor Manuel, que es pieza de rey para esas cosas. No recuerdas que él era tambien el que cobraba cuando enseñaban el gigante portugués... El se encargará de todo eso y lo hará perfectamente.

—¿Y si le preguntan la procedencia del monstruo?

—Dirá que le han traído unos franchutés que paran en su casa...

—¿Y el sitio para hacer la eaposition?

—Ya le tengo elegido. Aquel casaron destartado de la calle de la Rinconada; el antiguo palacio del conde de Valdemora, donde estuvieron las fieras de Bernabeau, y despues el elefante Pizarro. Tiene un corralon inmenso y á la derecha una cuadra con puertas grandes... todo como si estuviera hecho á propósito. En el corral con tablas de la carpintería establecida en el piso bajo del palacio y en la que mañana no trabajan por ser domingo, se preparan asientos para el público; y en la cuadra, en frente de las puertas ponemos el monstruo, completamente oculto miéntras el corral no se llene de gente. Hasta tiene la casa una puerta trasera, que da á la Ronda, por donde podemos salir sin que nadie dé cuenta, una vez hecha la recaudacion y exhibido el fenómeno ante el público.... Te animas?

—Lo pones todo tan llano y plano, que me vas convenciendo. Si sale como tú lo pintas...

—Saldrá á las mil maravillas, no lo dudes... Si te parece se lo diremos á Pepe Cañizal y á Luis Barrios y á Santiago Lomas y á...

—Bueno; dícelo si quieres á Cañizal y á Lomas y á Barrios; pero no se lo digas á mucha gente si no quieres que se trasluzca; porque ya sabes lo que dice el refran: «Cállalo, amigo; mejor lo callarás, si no te lo digo.»

Esta conversacion pasaba hará cosa de treinta años en una de nuestras ciudades más ilustres, entre Jerónimo Luna y Pedro Requejo, dos estudiantes de raídos tricórnios, de más raídas sotanas y de manteos aún más raídos y con sus girones correspondientes, señales inequívocas y honrosas de su antigüedad en la carrera.

Aprobado definitivamente en otra junta algo más numerosa el plan de la exposicion con todos sus detalles, Jerónimo Luna, que era el iniciador de la idea, desfigurando la letra, por lo que pudiera suceder, escribió el anuncio; el amo de su posada, el señor Manuel, le llevó á la imprenta, de donde recogió los carteles impresos cuatro horas más tarde, y allá entre gallos y medias noches, acompañado de Barrios y de Cañizal, armados de una escalera de mano y de una cazuela de engrudo, hurtando las vueltas al sereno, los fué pegando sobre los de la última funcion teatral celebrada seis meses ántes.

Al otro día por la mañana las esquinas principales de la poblacion lucían unos carteles amarillos, que en letras de á palmo decían: *Monstruo nunca visto*; y luego, con otras letras algo más pequeñas, pero muy visibles, lo siguiente: "Esta tarde, de tres á cuatro, en el corral del palacio de Valdemora [Rinconada 7,] se exhibirá al

público un monstruo fenómeno, un animal tan raro y tan contrario á todos los de su especie, que tiene la cola donde los demás tienen la cabeza. Entrada general dos reales. Los niños á mitad de precio."

A las dos estaban ya los alrededores del corral llenos de chiquillos y de niñeras; despues fueron acudiendo tambien mozalbetes del Instituto y personas mayores.

—Cómo es el monstruo? preguntaba un niño á su rolla.

—Yo no lo sé, hijo, le contestaba la muchacha, allá lo verás.

—Yo he *calculao* que ha de ser algun zorro marino, decía un zapatero remendon, muy aficionado á hablar de historia natural.

—Lo que yo siento es que acaso sea un basilisco ó algun dragon, decía una cocinera vieja, porque les he visto *pintaos* y ¡me dan un miedo!

A las tres en punto entreabrió el señor Manuel la puerta del corral y comenzó á cobrar entradas y á dejar pasar á los que le iban pagando.

—¡Señor Manuel! le decía en tono suplicante un granujilla, me falta el ochavo *pa* el *rial*... ¡Déjeme usted entrar por los ocho cuartos!

—Vamos, trae y pasa, decía bondadosamente el señor Manuel, y eso que tú habías de pagar entrada completa, porque ya no eres de la cría de este año...

—Pero ese niño?... continuaba diciendo el cobrador, dirigiéndose á una niñera que entraba cargada con un rapazon que casi podía ser su novio.

—Este niño, contestaba ella, ¿por qué ha de pagar si lo llevo en brazos?

—Es que le posarás luego...  
—¡Que pague, que pague! gritaban algunos desde la cola...

Los que iban entrando, despues de un ligero reconocimiento del local, iban tomando asiento en las primeras filas de tablas.

Una colcha de percal azul con flores encarnadas cubría á manera de telon la entrada del establo.

Suponiendo que allí estaría el monstruo, los espectadores más atrevidos ó que se tenían por más listos, se acercaban disimuladamente y levantaban un poco la colcha... Pero en vano, porque detrás de la colcha estaban las puertas... cerradas.

Cuando concluyó de entrar la gente que había en la calle, el patron de Jerónimo Luna cerró la puerta del corral muy de golpe, quedándose fuera.

Como si el portazo hubiera sido señal convenida, se oyeron al momento rechinar las puertas de la cuadra.

Gran espectacion: algunos niños que lloriqueaban de impaciencia, callaron: el público se quedó como en misa.

Medio minuto despues, una ma-

no invisible descorrió la cortina, y, de absoluta conformidad con lo anunciado en los carteles, apareció ante los espectadores el monstruo animal... que era un borriquillo amarrado al pesebre por la cola.

ANTONIO DE VALBUENA.

## Versos y flores.

A\*\*\*

¡Qué blando sueño el que infunde  
La penumbra de la dicha  
Entre ropajes de flores  
De misteriosas delicias!  
¡Qué dulces pasan las horas  
Que sueño en tu amor, mi vida,  
Como pasan por la mente  
Que agotaran las desdichas,  
Los gigantescos recuerdos  
De pasadas alegrías;  
Como entre celajes de oro  
Y entre nubes opalinas,  
De los sueños de la infancia  
Las imágenes benditas.

Si me amas cual yo te adoro  
¡Qué blando afecto nos liga...  
¡Jamás podrían quebrantarlo  
Ni el tiempo ni la desdicha,  
Pues te quiero, tu lo sabes,  
Con el alma, con la vida,  
Con una pasion tan grande  
Que raya en idolatría!  
Porque tú salvarme puedes  
De ese abismo que horroriza,  
Que pretende hacer á mi alma  
Escéptica y descreída.  
Tú sola puedes librarme  
Con tus gracias infinitas  
De tan profundo quebranto  
Y eterna melancolía,  
Porque á tí sola fué dado  
Sola á tí, para mi dicha,  
El más seductor encanto  
Que hallarse puede en la vida.

Pues si dejaron á mi alma  
Las ilusiones mentidas  
Como la roca en desierto  
Que el rayo del sol calcina,  
¡Cómo han de brotar las flores  
Do falta el germen de vida  
Si tú con una palabra  
La roca no fecundizas  
Y haces que brote entre flores  
La cascada cristalina?  
Cuando esa dicha posea,  
Y tu acento que electriza  
Hiera mis pobres oídos  
Y en mi alma la luz reviva,  
Afectos y pensamientos  
Tendrán una sola vida  
Formando amoroso nido  
En un hogar de delicias.  
De tí me hablarán las flores  
Que solicita cultivas,  
De mí te hablarán los versos  
Que tu casto amor me inspira.  
Yo te hablaré en las corolas,  
Tú me verás en las rimas,  
La eséncia será tu espíritu,  
La cadencia el alma mía...

Y cuando la suerte inestable  
Risueña vuela la vista,  
Realizarán mis ensueños  
Nuestros besos y caricias.  
Y cuando á ámbos corazones  
El cruel dolor oprima,  
Recogerá un mismo cáliz  
Tus lágrimas y las mías...  
¡Qué dulces pasan las horas  
Que sueño en tu amor, mi vida!  
¡Qué blando sueño el que infunde  
La penumbra de la dicha!

Jesus Palacios,